

Mahón 21 Abril 1905

EL PORVENIR DEL OBRERO

A la teoría por la práctica

No hay razón, seguramente, para exigir de los anarquistas una perfección de conducta que no es posible en la sociedad actual.

Las costumbres, los ejemplos, la educación, la inevitable lucha por la vida, todo actualmente nos arrastra á proceder egoístamente y, en la mayoría de los casos, nos hace impotentes para el bien.

No hacemos profesión de ser mejores que los demás, como los fariseos de la Sinagoga y de la Iglesia.

Precisamente combatimos la sociedad actual porque en ella casi nunca es posible obrar con generosidad y altruismo sin exponerse á graves perjuicios que la generalidad de los hombres no quiere, no puede arros- trar.

Obrar bien representa en la actualidad un sacrificio, casi siempre, y los hombres dispuestos á sacrificarse no pueden ser numerosos. Mientras subsistan las condiciones de vida actuales, todas las predicaciones resultarán inútiles para el mayor número.

Por esto han fracasado las religiones y fracasarán siempre los que prediquen la regeneración individual dentro del ambiente corruptor en que vivimos.

Hay que sanear el ambiente; hay que modificar las condiciones de vida; hay que organizar la sociedad de modo que los intereses de los hombres sean armónicos, que el obrar bien redunde en provecho propio, al mismo tiempo que en beneficio de todos. Esta organización social es el comunismo anárquico.

Pero los que aspiramos á este ideal tenemos la obligación de procurar hacernos dignos de él.

Aunque la sociedad actual no nos permita ser tan buenos como quisiéramos, debemos demostrar con nuestra conducta que hemos conocido una moral superior y que deseamos ponerla en práctica.

El anarquismo es ante todo una noble aspiración á la bondad, á la justicia, á la fraternidad entre los hombres.

Escudarnos en las malas condiciones del presente para justificar nuestros defectos y nuestros vicios, y no procurar libertarnos de ellos en la medida de lo posible, es hacer traición al ideal.

Los que deseamos que reinen la justicia y la solidaridad tenemos el deber de esforzarnos en armonizar nuestros actos con nuestras convicciones, no esperando que la sociedad del porvenir favorezca esta armonía, sino procurando que nuestra conducta sea desde ahora un ejemplo, aunque amortiguado por desgracia, de lo que podrá ser la humanidad futura.

Demostrando con hechos que el hombre es bueno, demostrando prácticamente que la solidaridad es pródiga en beneficiosos resultados, haremos más por el triunfo del ideal que con muchas palabras y escritos.

Esto es difícil, porque la organización de la sociedad actual nos opone grandísimas dificultades. Seguramente, pero, como enemigos de esta sociedad, luchemos contra ella y contra las dificultades que nos opone.

Sin pretender pasar por perfectos, sin caer en el fariseísmo religioso, luchemos obrando bien. Hagámonos superiores á la sociedad actual con nuestra conducta.

Sólo así podremos destruirla, haciendo triunfar, primero en nosotros mismos y luego en toda la humanidad, nuestros hermosos ideales.

JUAN CUALQUIERA

Negaciones del Estado

(CONTINUACIÓN)

Las consecuencias de tanto absurdo son por demás dolorosas. El campesino, cohibido en su natural afán de roturar la tierra, ha llegado á mirar con respeto de esclavo esa negación de sus iniciativas fecundantes, y ello es una causa constante de miseria y pobreza moral en la población rural. Por otra parte; la especie humana aumenta rápidamente, en España al menos; y el cultivo de la tierra, ni en perfección ni extensión, sigue el paralelismo y lógica proporción del aumento de la especie. Así se explica el motivo de la emigración y el pauperismo, cada día en aumento.

Por lo demás, todos los trabajos para la sabia conservación de los bosques y su «benéfica explotación», no va mas allá de disposiciones que mueren en las oficinas del ramo, afortunadamente, ya que la condición de lo absurdo es substancial á toda decisión gubernativa. Aún así, la escasa transcendencia de estos decretos, ha tenido el mérito de exterminar casi todos los bosques de la península, y con la despoblación de los montes se ha alterado la normalidad del clima. Así la desgracia no acaba nunca. A las calamidades de la miseria, del empobrecimiento de la raza, del pauperismo y la tiranía, sobrevienen los desarreglos atmosféricos produciendo simultáneamente inundaciones y sequías.

Claro está que algo se ha adelantado. Hoy hay menos miseria moral y física, por término medio, que hace un siglo; el cultivo de la tierra ha mejorado algo, en ciertas comarcas. Pero nosotros no negamos el progreso, señalamos sencillamente los diques que lo contienen y las esclusas que lo desencauzan, y que no obstante, se nos presentan, por una

triste sucesión de errores, como elementos que lo favorecen.

V

Es cierto que no hay que preocuparse mucho en ampliar la extensión de tierra cultivada desde el punto de vista general, porque con la que hoy se explota podría vivir en plena abundancia una población mucho más intensa que la actual, con sólo mejorar en sentido racional y técnico la explotación agrícola. Pero uno de los primeros y más decisivos elementos son las vías de comunicación, los canales, pantanos y puertos, las facilidades para el transporte y la elevación del término medio de la cultura.

Y sobre esto podemos también señalar el hecho de que todos los «buenos propósitos» de los hombres que representan el Estado, no han producido generalmente otro efecto que el que les es característico, es decir, la insuficiencia, cuando no la negación. Convenimos, no obstante, en que de tiempo en tiempo se intenta hacer algo provechoso, pero nunca exento de esa forma ridícula y burda inherente á todo suceso oficial. Y aún esto cuando lo imponen los clamores de la opinión ó la elocuencia de los más violentos contrastes.

Véase sinó lo que acontece con las disposiciones dadas en 1903, por el señor Gasset, ministro á la sazón de Agricultura y Obras públicas, respecto á la construcción de pantanos y caminos vecinales.

Hace ya años que muchos municipios, libres de las trabas del poder central, tendrían caminos y canales de riego. Es más, á pesar de esas trabas, algunos pueblos los tienen desde hace algunos lustros, debidos exclusivamente á sus iniciativas y peculio. Y ahora, al enterarse un ministro de lo que sabe hasta el más rudo campesino desde hace más de cincuenta años, es decir, que la agricultura y la industria no pueden florecer sin obras públicas, se ha venido á decretar que la provincia que no quiera ser preterida en la construcción de doscientos kilómetros de caminos vecinales, habrá de contribuir con mayor cantidad pecuniaria á las obras proyectadas.

El resultado, aunque produzca algún beneficio parcial, es una cruel injusticia.

En primer término, si el Estado bajo el régimen burgués fuese un factor de impulsión progresiva, muchos de estos trabajos de utilidad general, hace ya más de ochenta años que estarían construídos. Bien al contrario, de lo único que se le reconoce autor, es de coacciones é influencias que han impedido ó aplazado su realización. Unas veces defendiendo los intereses de una empresa ya establecida, con perjuicio del bien común y de otras empresas deseosas de nuevas explotaciones; otras veces atendiendo los consejos

é influencias caciquiles, y casi siempre errando el golpe y lesionando lo confiado á su custodia, han caído heridas de muerte, ó abatidas para siempre, las buenas y nobles iniciativas, los esfuerzos propulsores que radican en las entidades productoras, y no en el gobierno.

Y después que esa estúpida absorción de poderes produce á la larga y fatalmente la muerte de los pueblos por esa «inclinación á degenerar» de que nos habla J. Jacques Rousseau, aún sus apologistas que blasonan de reformadores quieren otorgarle nuevos fueros, como si no fuese bastante desgracia haber reducido en el hombre su potencia personal y haber intentado contener todo progreso social en los límites de la vulgaridad. El hecho de que venimos ocupándonos es una razón aplastante.

Habiendo opuesto su veto á los impulsos municipales y á las iniciativas de empresa rante muchos años, nos sale ahora un ministro con la tranquilidad de que las regiones que presten mayor concurso al Estado gozarán de la prioridad de las obras en cuestión. La consecuencia no puede ser más lamentable: las provincias más ricas por su suelo, subsuelo ó privilegios anteriores, podrán hacer mayores dispendios y á las ventajas de que gozan se unirán otras.

Resultado: que la oficiosidad central, imponiendo la «cooperación voluntaria» del setenta por ciento, como medio de obtener el beneficio de caminos y pantanos, para cuyas obras se tributa universalmente desde tiempo inmemorial, establece privilegios comarcales y genera peligrosos desequilibrios en las luchas económicas de región á región.

Esto aparte de que éstas iniciativas, buenas á medias, no son de la peculiar invención de un ministro; son ideas sugeridas por la evolución de la conciencia y el progreso de los medios, cuyo génesis habría que buscar en los eternos contradictores de toda esclavitud, en modestos ciudadanos, en oscuros campesinos ó ignorados ingenieros, agenos siempre á todo trágico político.

Afirmemos, pues, en lógica correlación con lo expuesto, que el Estado dista mucho de gozar el privilegio de las sanas iniciativas y la prioridad de las buenas ideas. Al contrario, más bien parece un nuevo gigante Polifemo, cuyas fuerzas consagra al error, cuando no al mal descaradamente, y al que, en nuestro concepto, conviene ir pensando en oponerle un Ulises, para hacer con él lo que con el cíclope de las epopeyas homéricas.

Por lo demás, las provincias menos favorecidas por la naturaleza ú otra causa social ó política, continuarán por muchos lustros aún transportando sus productos sobre lomos de enclenques bestias ó sobre destartados carros, rodando por caminos horribles; y por muchos lustros también, los pacientes agricultores verán con desesperación como se secan sus mieses en Mayo y sus árboles en Agosto, mientras á corta distancia de sus campos discurren hacia el mar inmensos caudales de fecundas aguas.

Y para tan menguada protección y tan discutible providencia, hemos de consentir que el trabajo mercenario del obrero ó del modesto empleado sufra una merma con el nombre de descuento, de cédula personal ú

otras gabelas; ha de tolerarse que la pequeña propiedad tribute al Estado cuotas enormes que equivalen, cuando no exceden, á la totalidad del fruto arrancado á fuerza de sudores y desvelos; que el viejo carro y la flaca bestia hayan de pagar impuestos enormes, y que todo cuanto es esfuerzo creador, al igual de cuanto es función parasitaria y nociva, usura, banca, prostitución etc., etc. adquiera igualdad de estabilidad legal, mediante el pago de su respectivo tributo.

Así es como nuestras ropas resultan caras, porque en el beneficio líquido del industrial y comerciante han de quedar cubiertas contribuciones al Tesoro que tienen la importancia de un saqueo; y los alimentos de más perentoria necesidad se elevan á precios fabulosos, no sólo por esos tributos, sino que también por la codicia de todas esas gentes conservadoras que tanto favorecen las reversiones del poder.

El comer no es sólo una función y una necesidad fisiológica, es también un delito por el que se condena al que lo comete, en relación inversa á la importancia de su calidad y cantidad, al pago del impuesto de consumo al omnipotente Estado.

ANTONIO L. RODRIGO

(Continuará.)

Las víctimas de la industria

El mar, al retirarse, dejaba al descubierto la pedregosa playa que ciñe á Douarnenez, en el islele Tristán.

Juan ganó la costa. Del fondo del fango descarnado por la baja mar, salía un fuerte olor de pescado podrido. El olor pestilencial de los residuos y de la grasa que despedían las lanchas, las fábricas de salazón y de conservas, donde hasta los vestidos se impregnan lentamente, filtrando y corrompiendo al cabo la carne de los hombres, se cernía sobre la villa...

Aire viciado, estragos del alcohol, noches de vigilia, alimentación pobrísima y rudo trabajo: Juan sufría ahora este nuevo azote. Sentía como poco á poco disminuían sus fuerzas y se viciaba su sangre. Era verdaderamente hermano en la humana miseria de esta población de pescadores minada por horribles dolencias y en la que veía vagar por calles y plazuelas muchachos acogotados, ruines, de lastimoso aspecto por sus pálidos cabellos y el ceniciento tinte de su carne enferma. La mayor parte eran escrofulosos, otros idiotas; no pocos, miserablemente quebrantados, con carie en los huesos, parecían, por sus miembros excesivamente cortos, sus saltos de insectos perniquebrados y su alegría inconsciente, caricaturas grotescas del dolor y de la enfermedad.

¡Ah! Esta pequeña humanidad, sacrificada en flor, entraba viva en inexorable disolución. Juan no podía pensar en ello sin sentirse poseído de una piedad profunda; y durante los crepúsculos bellos y tibios, cuando el viento se eleva cargado de exhalaciones inmundas, semejantes al pesado soplo venenoso de la podredumbre, acogiale terrible espanto, como si marchase á través del viscoso horror de un muladar en fermentación.

Aventuróse en las oscuras calles de la pequeña villa y para dirigirse al puerto pasó por delante de la fábrica de Galpoix. El gran patio, siempre obstruido por multitud de cajas, se extendía como un vasto cercado que la juguetona hierba cubre poco á poco con su alfombra ondulada. Desde la sala de recepción á las puertas iluminadas se escapaba un gran rumor de placer y de actividad. Juan contempló atento las bonitas trabajadoras con sus basquiñas arremangadas. ¡En que dulce perfume de juventud y de belleza lo habían envuelto en otros tiempos! Aquellas muchachas habían venido del cam-

po, de allá lejos, cubiertas de verde hierba, de dorada mies, de sabrosos frutos...

Se habían encanijado en la atmósfera emponzoñada de las fábricas. Sus padres y sus madres habían vivido la vida simple y vigorosa de los campesinos. ¡Que crimen meterlas en esas hediondas fábricas, donde enferman por falta de aire y de luz en plena adolescencia! Con el tiempo serán como las mujeres de los pescadores que el alcohol y la miseria embrutecen y deprimen; darán al mundo de los miserables seres lacrados, enclences, podridos quizá...

¡Maldición! Y Juan entrevía la imperiosa necesidad de destruir también esta industria y de acabar con la explotación del hombre, de la mujer y del niño que se ofrecía á su vista cruelmente.

Era necesario devolver aquellas gentes á la bondadosa naturaleza, á la tierra inagotable y maternal que alimenta á los que labran su seno libremente, sin inquietarse de mezquinos intereses, por el sólo placer de nutrirse, de trabajar y de vivir.

JORGE BONNAMOUR

La guerra y el pueblo

En el Japón

«La capitulación de Puerto Arturo— dice el corresponsal de *Le Temps* en Tokio—no ha producido ningún entusiasmo en el Japón: es un hecho, y un hecho de notorio interés, porque prueba que el pueblo está cansado de la guerra y no quiere más que la paz. He recorrido las calles de Tokio en el momento que los periódicos distribuían de puerta en puerta suplementos anunciando la gran noticia: por todas partes era recibida con satisfacción visible; pero con más impresión de alivio que de entusiasmo.

No hay que hablar del entusiasmo guerrero del principio, aquel entusiasmo extraordinario que levantaba oleadas de entusiasmo, que tenía su demencia y su error, pero también su grandeza y su pujanza: ese entusiasmo ha muerto para siempre.

Los duelos repetidos, la miseria en aumento, la vida material casi imposible, tantos horrores presentes y la perspectiva de un porvenir más sombrío aun, han acabado por hacer entrar en razón á este pueblo *d' enfants terribles*.

Esta multitud, enamorada de la gloria militar, se apercibe de que su ídolo es un monstruo que devora su carne y que su culto macabro hace retroceder de espanto á los menos temerosos de la muerte.

Jamás se conocerán los verdaderos horrores del sitio de Port-Arthur.

No hablo de esos batallones enteros aniquilados por las minas; de esos regimientos que volvían del asalto después de haber perdido las dos terceras partes de su efectivo: estas acciones tendrán sus historiadores, que no verán en ellas más que actores magníficos de una epopeya gloriosa.

Peró, los dramas íntimos ¿quién los contará? ¿Quién hablará de los heridos sin socorro, que permanecían ocho días agonizando en las trincheras, juntando sus últimas energías para pedir auxilio, que nadie escuchaba? ¿Se puede imaginar el martirio de esos desgraciados, torturados por el hambre y la sed, que intentaban inútilmente arrastrar por los suelos sus miembros mutilados?

¡Cuántas veces he oído contar estas lúgubres historias, estas agonías de pesadilla, en medio de cadáveres descompuestos! A veces, después de esfuerzos sobrehumanos, pobres heridos horriblemente mutilados llegaban á arrastrarse á algunos metros de la trinchera salvadora; pero entonces se encontraban en medio de la metralla y una bala venía á inutilizar el único miembro sano que utilizaban para arrastrarse. ¿Y el estado de alma de estos infelices? ¡Qué horror! No me ha sorprendido, por tanto, el poco entusiasmo producido por la capitulación de Puerto Arturo. Tan penosos recuerdos hacen toda alegría imposible.»

Por qué se hace una guerra

Babonc montó en su caballo y partió con sus servidores. Al cabo de algunas jornadas encontró en las llanuras de Samaan al ejército persa que iba á combatir al ejército indio.

El viajero se dirigió á un soldado rezagado y le preguntó el motivo de la guerra.

«¿Qué se yó?» respondió el soldado. «Ni á mí qué me importa? Mi oficio es matar con peligro de morir para ganarme la vida, sin mirar si es en provecho de uno ó de otro.

Hoy estoy aquí y podría ser que pasara mañana al campo de los indios, que dicen que pagan á sus soldados casi medio dracma de cobre diario más que en este maldito servicio de Persia. Si usted desea saber la causa de esta guerra, hable á mi capitán».

Babonc dió una propina al soldado, entró en el campo y pronto trabó conocimiento con el capitán, á quien preguntó la causa de la guerra. «Ni lo sé ni quiero saberlo», respondió el capitán. Vivo á doscientas leguas de Persépolis; he oído decir que se había declarado la guerra y en seguida abandoné mi familia y voy en busca, según nuestra costumbre, de la fortuna ó la muerte, puesto que no tengo otra cosa que hacer.—Pero á lo menos los otros compañeros estarán mejor informados que usted.—¡Cá! Apenas si los principales sátrapas saben á punto fijo por qué nos matamos».

Babonc admirado se introdujo entre los generales, y ganó su confianza; uno de ellos le dijo: «La causa de esta guerra que asola hace 20 años el Asia, tuvo origen en una querrela suscitada entre un eunuco de una mujer del gran rey de Persia y un dependiente del gran rey de las Indias; se trataba de un derecho que representaba la trigésima parte de una dárica (la dárica equivale á 24 francos). El primer ministro de las Indias y el nuestro sostuvieron dignamente los derechos de sus amos.

Irritóse la querrela, se pusieron en campaña de una parte y de otra un millón de soldados y cada año hubo de reclutarse cuatrocientos mil hombres. Los asesinatos, los incendios, las ruínas y las devastaciones se multiplican, el universo sufre y el encarnizamiento continúa. Nuestro primer ministro y el de las Indias aseguran que obran inspirados por el bien del género humano, y á cada seguridad de esas acompañan siempre alguna ciudad destruida y algunas provincias asoladas».

Al día siguiente á consecuencia de un rumor que corrió acerca de la próxima firma del tratado de paz, el general persa y el indio se apresuraron á dar batalla, que fué terrible y sangrienta. Babonc presencié todas las faltas, todas las abominaciones; fué testigo de las maniobras de los principales sátrapas que hicieron cuanto pudieron para que su jefe fuera derrotado; vió oficiales muertos por sus propias tropas, y soldados que acababan de matar á sus compañeros expirantes para arrancarles algunos girones sanguinolentos, desgarrados y cubiertos de fango; entró en los hospitales á donde se trasportaba los heridos, cuya mayor parte espiraban por negligencia inhumana de aquellos á quienes el rey de Persia paga espléndidamente para socorrerlos». «¿Son hombres, exclamaba Babonc, ó fieras? ¡Oh, bien se ve que Persépolis será destruida.

VOLTAIRE

(Le Monde comme il va).

Biblioteca de

«El Porvenir del Obrero»

- 1 **La Ganancia**—Consideraciones generales según el criterio libertario, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 2 **El Patrimonio Universal**—Conferencia sociológica, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 3 **La Anarquía**, por Eliseo Recius; 15 céntimos.

A Jesucrist

Si per la voluntat del teu *Eternal Pare* á redimir *de nou* el mon tornessis are, —puix no ho vas poguer fer fa dos mil anys havent-ho intentat am tants afanys— series perseguit encare am mes malicia per els moderns Caifás que avui fan la justícia.

Si un ideal de pau, de redempció pel poble arreu el prediquessis guiat per un fi noble; si al ric xurriaquessis com al guerré assessí i el temple de la farsa volguessis destruir, am tot i se un bon cor i un ánima altruista series agafat per terrible anarquista.

Aviu mes que allavors, a damunt teu cau [rien] insults, bэфas i açots, pels que 't calumniarien buscant pretext per fer la justificació d' un vil procés de prevaricació, quin resultat sería ta mort am fera sanya com allavors també al cim d' una montanya.

Avui, del *ceptre* teu s' en farien estelles i a dintre de tes ungles t' hi clavarien elles; el teu *mantell reial* avui, ¡oh bon Jesus! sería sols un drap omplert de sang i pus i en lloc de la *corona d' espinas*, avui día un *casco* am mecanisme ton cap deformaria...

Tas carns am ferro i fog serien tormentades. [des.]

Les teves parts sexuals serien mutilades en mitj de les rialles dels teus executors butxins pagats a sou que goijen fent horrors, gent incivil, crudel, saions a la moderna, dignes mercixedors de la execració eterna!

Tindries son, mes ells trotar t' obligarien; tindries sed horrible i l' aigua et negarien; assedegat, am pler beuries tos orins; i si de cas *per sort*, els teus crudels butxins al fi et donguessin aigua per tu tan desitjada a bèure et donarien del mar aigua salada...

Y el *consumatum est* també 's produiria d' una sentencia a mort que confeccionaria un tribunal, *tancant els ulls a la raó*; i a una veu de «¡fog!» seguida d' un retró, en lloc de morir en creu, voltat de vil canalla series fusellat al peu d' una muralla...

JOSEP MAS-GOMERI

Organización anarquista

Las asociaciones de oficio son la forma natural de organización para la lucha económica, para procurar el aumento de los jornales y la disminución de horas, así como de todas las condiciones del trabajo convenientes para los obreros. Por esto en las sociedades de oficio caben todos los trabajadores, sin tener en cuenta sus opiniones políticas ó sociales.

Estas asociaciones son un medio apropiado para la propaganda de ideas, puesto que en ellas se encuentran los trabajadores mejor predispuestos, pues al asociarse ya demuestran deseos de emancipación. Pero no deben ser otra cosa; creadas para la lucha económica, no deben convertirse en *comités*, porque esto perjudicaría las buenas relaciones que deben existir en este terreno entre todos los trabajadores, aun entre los que tienen convicciones opuestas bajo otros puntos de vista.

Fuera de las sociedades de oficio, es natu-

ral que los obreros que consideran conveniente la participación en la política, los que aspiran á la conquista del poder, se constituyan en partido, tengan sus comisiones electorales y todo lo demás que haga falta para las cosas de la política.

De la misma manera, los obreros anarquistas que creen necesaria una organización, una forma de cooperación para la propaganda de sus ideas, deben procurarla, aparte de las asociaciones de oficio, buscando aquella que sea más armónica con su modo de pensar y que mejor corresponda al objeto propuesto.

La organización más usual entre los anarquistas, y la más propia, es la de los *grupos por afinidad*.

En las poblaciones más pequeñas, hasta en las aldeas y los cortijos, donde la constitución de una sociedad obrera sería imposible, el constituir un grupo no ofrece dificultad de ninguna especie.

Que se reúnan cuatro, seis ó diez individuos, del mismo modo de pensar, y que se pongan de acuerdo para adquirir periódicos, folletos ó libros, leerlos y comentarlos en comun y luego repartirlos entre sus vecinos, entre sus compañeros de trabajo ó en donde crean que pueda ser más útil, esto es muy sencillo y puede hacerse aun en tiempo de persecuciones, puesto que tales trabajos, hechos con prudencia, no requieren ninguna publicidad.

Además de la propaganda por medio del papel impreso, pueden proponerse los grupos fomentar la celebración de mitines, ó el auxilio á los compañeros presos ó perseguidos de la misma ó de otras regiones; pueden proponerse también la defensa contra los abusos de los caciques y, en general, todas aquellas iniciativas que el conocimiento de las ideas naturalmente inspira.

Sin embargo, el objeto más general entre nosotros en la actualidad es la propaganda de ideas porque lo más necesario es que los trabajadores de todas partes conozcan las soluciones del anarquismo para todos los problemas sociales. Esto es lo que se proponen la mayoría de los grupos constituidos.

Donde quiera que hay algunos obreros que conozcan nuestras ideas, bien pronto se constituyen en grupo para la propaganda; se reúnen semanalmente, por regla general, contribuyen con una pequeña cuota, se proporcionan libros, folletos y periódicos, se relacionan con los grupos de otras poblaciones y trabajan según sus medios y su capacidad.

No sólo es excelente esta organización para los pueblos pequeños, donde el número de compañeros es reducido, sino que es indispensable también en las grandes poblaciones. Las sociedades que en estas suelen estar constituidas no pueden suplir á los pequeños grupos, primero porque tienen otro objeto, según ya hemos dicho, y también porque la fuerza natural de los grupos está en la *afinidad*, en la armonía de convicciones y de procedimientos que debe reinar entre los agrupados.

Los grupos demasiado numerosos tienen el defecto de que la *afinidad* es más difícil. Dadas las costumbres y las preocupaciones de la sociedad actual, que á todos nos alcanzan, aún á los que somos más enemigos de ella, no es frecuente que puedan renirse du-

rante mucho tiempo más allá de diez ó doce hombres con la armonía de ideas, de procedimientos y aun de simpatías personales que son necesarias para la buena marcha del grupo. Además, el mismo trabajo que un grupo de muchos puede realizarlo uno compuesto de pocos y bien avenidos.

Por esto, cuando un grupo se haga demasiado numeroso, es conveniente dividirlo, aprovechando las diferencias de criterio que surgen al tratar de muchas cuestiones. Dividiendo el grupo, se divide también el trabajo y resulta más fácil para todos.

Con esta organización, tan sencilla, tan práctica, y tan fuerte al mismo tiempo, porque es genuinamente anarquista, se conseguirá que nuestras ideas se abran camino por todas partes, que todas las iniciativas útiles tengan el apoyo necesario y estaremos dispuestos, cuando sea preciso, para la lucha contra los opresores del pueblo.

El triunfo de la inocencia

El juez de instrucción.—¿Persiste usted en decir que es inocente?

El detenido.—Lo juro.

Juez.—¿No tiene usted otras pruebas?

Detenido.—¿Cuáles son las del juez?

Juez.—¡Ah! No invirtamos los términos. Desde el momento en que ha sido detenido, á usted le toca demostrar que es inocente. Si nos fuera preciso á nosotros cerciorarnos de la culpabilidad de los criminales, nos faltaría tiempo aun para prenderlos.

Detenido.—Yo ni siquiera conocía á la víctima.

Juez.—Sin embargo, ha sido asesinada, y es preciso que alguien haya sido el criminal. ¿Por qué no podía usted serlo?

Detenido.—Toda una vida de honradez...

Juez.—Sí, pero eso no impide un momento de extravío, y está demostrado por los forenses que ha bastado un minuto para estrangularla.

Detenido.—La justicia va á cometer conmigo un espantoso error judicial...

Juez.—Es posible; pero un día ú otro será reconocido. Lo que hay de admirable en los errores de la justicia, bella hasta en sus extravíos, es que se acaba siempre por percibirlos y corregirlos.

Detenido.—¿Y si me quitan la vida?

Juez.—Yo trataré de evitarle esa formalidad; pero en todo caso, si después se descubriese al autor, se rehabilitaría su memoria, se daría á usted alguna recomendación para el verdugo.

Detenido.—Gracias, pero....

Juez.—Por otra parte, creo que sólo sufrirá usted una docena de años de cadena, lo que dará tiempo para descubrir al verdadero culpable. Si se le encuentra, yo mismo le informaré. Siéntese usted.

A la madre del estudiante

Decimos á la madre del joven estudiante: ¿Por qué te afanas por tu hijo, como si el camino que ha emprendido con nosotros fuera el camino de la perdición? Si tu leyeras dentro de su alma estarías contenta y orgullosa del tesoro que encierra dentro de ella.

El sentimiento que lo mueve es aquello mismo que te lanza á poner el óbolo de la caridad en manos del viejo y del niño abandonado. Es el mismo sentimiento extendido á millones de seres humanos, animados por la esperanza de arrojar lejos de la sociedad aquellas miserias y aquellos males, por los cuales te conmueves tú también, pero únicamente cuando los ves personificados en un infeliz que mendiga. Mira, su ingenio y sus estudios, antes que útiles á él mismo, son ya útiles á los demás. En la lucha que combate con nosotros, madura precozmente su sentido, ennoblece su carácter y fortifica sus facultades. Deja que vaya con los obre-

ros, donde conquista un concepto austero de la vida y se despoja de su egoísmo de clase y aprende el respeto al trabajo y á la pobreza. Deja que mezcle su levita de señor con aquellas rudas chaquetas, bajo las cuales laten corazones que lo aman.

EDMUNDO DE AMICIS

Extensión Universitaria

El Sr. Alorda, después de haber tratado de la composición de los terrenos, habló el sábado de los elementos que componen las plantas

De estos se encuentran en la atmósfera el carbono, el hidrógeno, el oxígeno y el nitrógeno. El agricultor no tiene por qué preocuparse de los tres primeros, porque las plantas los toman de la atmósfera directamente. El nitrógeno se absorbe en cantidad insuficiente, por lo que debe añadirse en forma de abono.

Los elementos minerales que entran á formar parte de las plantas son: fósforo, potasio, calcio, magnesio, azufre, hierro, cloro, bromo, yodo y otros de menos importancia.

Presentó el análisis de algunas plantas, como el trigo, avena, judías, habas, trébol. Estos análisis puede encontrarlos el agricultor en cualquier Tratado ó Manual Agrícola.

Conociendo la composición del terreno y de la planta que se quiera sembrar, el agricultor no tiene sino añadir las sustancias que hagan falta. A esto se llama abonar.

La próxima Conferencia la dedicará el señor Alorda especialmente á los abonos.

Se ha encargado de la clase de Aritmética los martes, miércoles y viernes de 9 á 10 de la noche el joven bachiller D. Mateo Carreras.

Compañeros presos

Son varios los compañeros que tienen causas pendientes en la Audiencia de esta provincia por delitos de solidaridad.

A fines de este mes se hará sentencia á algunos y no es de esperar que los señores magistrados dejen de aplicar todo el rigor de la ley. Esta clase de delitos no suelen hallar benevolencias ni atenuaciones.

Por lo tanto, desde primeros de Mayo tendremos compañeros en la cárcel. Esperamos que los trabajadores menorquines cumplirán con sus deberes de compañerismo.

Desde la semana próxima quedará abierta en estas columnas una suscripción en favor de los compañeros presos.

De Palafrugell

Gran satisfacción he experimentado en esta villa, desde que resido en ella.

No ha sido esta satisfacción por ver á los obreros emancipados de la explotación, pues aquí, lo mismo que en todas partes, el obrero se encuentra explotado y tiranizado. Pero al menos veo que se preocupan de su situación.

Han llegado á comprender y sabido interpretar que «no de sólo pan vive el hombre», sino que tiene necesidad de conocer los grandes descubrimientos científicos, las bellezas del arte, las verdades prácticas de la sociología.

Hasta ahora se había hablado aquí muy poco de ciencia; sólo se oía la cantinela de los políticos en tiempo electoral. Pero el Centro Instructivo Obrero, fundado hace un par de años, ha emprendido una obra excelente.

El 1.º de Mayo se abrirá una Escuela, bajo la dirección de la «Escuela Moderna» de Barcelona, contando con una profesora para dirigirla. La educación será racional y exenta de sofismas y supersticiones, á fin de dotar á la juventud de un cerebro sano.

Esta obra la lleva á cabo el Centro Instructivo Obrero con grandes esfuerzos, luchando con dificultades, pues á la burguesía y autoridades no les conviene que el obrero deje el vicio para dedicarse al estudio.

La falta de instrucción es el sostén de la sociedad actual preñada de crímenes é injusticias.

Ejemplo digno de imitar es el que están dando los obreros conscientes en Palafrugell.

AMILCAR KOYA

PAPEL IMPRESO

La Revista Blanca, correspondiente al 1.º del actual publica el siguiente interesante sumario:

Reformas en «La Revista Blanca» (anunciándolas en grande escala), por La Redacción.—*La evolución super-orgánica* (artículo ilustrado con quince grabados), Enrique Lluria.—*Permanencia y finalidad de la revolución rusa*, Federico Urales.—*Recuerdo histórico doctrinal*, Anselmo Lorenzo.—*El tolstoísmo y la revolución*, Carlos Albert.—*Solidaridad internacional*, «El Libertario».—*Los revolucionarios rusos*, Jorge Gapone.—*Crónica de arte y sociología* J. Pérez Jorba.—*La quincena política, intelectual y obrera*, Augusto Recio.—*Libros, revistas folletos y periódicos*, Rosendo del Pinar.

La suscripción por un año á *La Revista Blanca*, importa 5 pesetas; por un trimestre 1'50 pesetas; número suelto 25 céntimos.

Administración: Cristóbal Bordú, 1. Madrid.

El número 38 de *Natura*, correspondiente al 15 del actual publica el siguiente sumario:

Autonomía y Solidaridad, por la Redacción.—*La paralización de la Revolución*, por Kropotkin.—*El comunismo sin teoría*, por P. Delesalle.—*La verdadera moral*, por Darnaud.—*La vida artística*, por Gustavo Gefroy.

Número suelto de *Natura*, 10 céntimos. Administración: Floridablanca, 126, 1.º, 2.ª Barcelona.

Con sus correspondientes 32 páginas de texto y preciosa lámina, ha visto la luz el cuaderno semanal número 26 de *Los siete pecados capitales*, de Eugenio Sue, que edita el impresor-editor D. Luis Tasso, de Barcelona. Termina en dicho cuaderno, que sólo cuesta 15 céntimos, el primer volumen de tan excelente producción, y empieza el segundo y último con la novela *La ira*, el cual completará ésta y las cuatro restantes hasta completar la obra.

FOLLETOS DE PROPAGANDA

que se hallan en venta en esta Administración

	Ptas.
¿Por qué somos anarquistas? por S. F. Merlino	0'10
Nuestras ignorancias, por José Prat	0'10
A los trabajadores	0'05
La preparación del Porvenir, por Juan Grave	0'10
Trabajador, no votes. Soldado, no mates, por A. Girault.	0,01
Canciones libertarias	0'15
Patriotismo y Cosmopolitismo, por P. H. Jámin	
La peste religiosa, por J. Most	0'05
La Anarquía ante los Tribunales, por Pedro Gori	0'15
Víctimas y preocupaciones, por Pascual Peura	0'15
Un día de elecciones, por M. Martínez.	0'15
Orígenes de la Religión y de la Moral, por Eliseo Reclus.	0'15
Generación Libre, por Leopoldo Bonafulla	0'10

CORRESPONDENCIA

Coruña.—«Germinal». Enviamos libranza de 4 pesetas.
Port-Bou.—J. Enviamos cinco ejemplares desde este número.
Barcelona.—«Natura». Enviamos folletos.
Alcalá de los Gazules.—N. G. Servimos suscripción.

Imprenta de «El Porvenir del Obrero».